convencerá vuestros entendimientos y la prueba de el milagro pasado ha mostrado, claramente, que es así lo que digo. Suplico (¡oh altísimo rey, caballeros y sacerdotes!), que abráis los ojos, y pues de creerme o no creerme os va el morir o vivir para siempre, que con gran cuidado encomendéis a la memoria lo que os he dicho; porque espero en Dios que haciéndolo así os alumbrará, para que más claramente conozcáis la verdad que os predico. Acabada esta plática todos estuvieron suspensos buen rato, hablándose muy quedo unos a otros, los más de ellos convencidos con la fuerza de la eterna verdad, aunque entonces con más furia (como al que le iba tanto) los combatía el demonio con la larga costumbre que tenían de seguirle y adorarle.

CAPÍTULO LV. *De lo que respondió el emperador Motecuhzuma a Cortés y lo que dijo a sus sacerdotes; y llegada de Quauhpopoca, señor de Nauhtla, y que Cortés le mandó quemar con otros, y echa grillos a Motecuhzuma y lo reprehende*

DESPUÉS DE LO REFERIDO estuvieron todos esperando a lo que Motecuhzuma respondía, el cual con pocas palabras, dijo que le parecía bien lo que había dicho, aunque eran las cosas tan altas que muy de propósito quería que se las diese a entender y mandaría que no se sacrificasen hombres. Y otro día llamó a su principal sacerdote y le mandó que por algunos días disimulase con los castellanos en no sacrificar hombres aunque en lo de adorar sus dioses nadie les iría a la mano, y que había contemporizado con el capitán Cortés por no poner en condiciones su estado y alborotar su república, y que dejasen a los cristianos adorar y honrar su Dios y que ellos podrían hacer lo que mejor les pareciese. Motecuhzuma era clemente y muy bien entendido, y por esto se creyó que por no ver alteraciones en sus reinos contemporizaba con los castellanos y con los indios, y algunos juzgaron que por no atreverse dejó de ser cristiano. Los sacerdotes por el autoridad e interés temporal que perdían no podían disimular el odio que contra los castellanos tenían, especialmente cuando les veían oír misa y hacer oración en aquel sumptuoso templo; murmuraban mucho para indignar a los caballeros y gente noble que no lo sufriesen, tratábanlo con los privados y allegados de Motecuhzuma, encareciéndoles la injuria recibida y la ofensa de sus dioses que por tantos años los habían proveído de lo necesario para la vida humana; decían (estudiando siempre razones nuevas) que por qué habían de dejar la religión que por tantos años habían seguido por tomar una nueva que no sabían en qué se fundaba.

En medio de estas cosas y veinte días después de la prisión de Motecuhzuma tornaron los criados que con su sello real habían ido a llamar a Quauhpopoca; vino con su hijo y con otros quince señores que se decía se habían hallado en la muerte de los castellanos, porque también parecieron culpados. Entró Quauhpopoca en Mexico, acompañado de muchos caba-

lleros que le salieron a recibir; iba sentado en unas andas que traían a hombros criados y vasallos suyos; llegando al palacio bajó de ellas, púsose otras ropas, no tan ricas como las que traía; descalzóse los zapatos, porque delante de el gran señor ninguno podía entrar de otra manera; esperó un rato hasta que Motecuhzuma le mandó que entrase; llegó solo, quedando muy atrás todos los que con él iban y hechas muchas reverencias y ceremonias, baja la cabeza, sin levantar los ojos de el suelo, dijo: muy grande y muy poderoso señor mío, aquí está tu esclavo Quauhpopoca, que has mandado venir, mira lo que ordenas porque tu esclavo soy y no podré hacer otra cosa sino obecederte. Motecuhzuma respondió con gran severidad qüe lo había hecho mal en matar sobre seguro a los castellanos y decir que él se lo había mandado y que así sería castigado, como traidor, a los hombres extraños y a su rey. Queriendo disculparse Quauhpopoca, no le quiso oír, mandando que luego fuese entregado con el hijo y con los demás a Cortés, el cual después de haberles echado prisiones, apartándolos que no pudiesen estar juntos, los hizo examinar y confesaron la muerte de los castellanos; y preguntándole si era vasallo de Motecuhzuma, respondio ¿pues hay otro señor en el mundo de quién poderlo ser? Examináronlos segunda vez con más rigor y amenazas de tormento y sin discrepar todos confesaron cómo habían muerto los dos castellanos, así por orden de Motecuhzuma como por su motivo y a los otros en la guerra. Hecha esta confesión y ratificados en ella sentenció Cortés a Quauhpopoca y a los demás a que fuesen quemados. Notificóseles la sentencia. Respondió Quauhpopoca, que aunque él padecía la muerte por haber muerto aquellos dos castellanos, que Motecuhzuma, su gran señor, se lo había mandado y que no se atreviera de hacerlo si no pensara servirle en ello. Fue llevado con su hijo y los demás a una plaza muy grande, con mucha guarda de castellanos; y puesto con los demás sobre una muy grande hoguera de flechas y arcos quebrados, que estaban muy secos, atadas las manos y los pies, se puso fuego y allí de nuevo confesó lo que había dicho. Hizo oración a sus dioses y lo mismo los otros; emprendióse el fuego y en poco tiempo fueron quemados sin haber escándalo ninguno, maravillándose los mexicanos de la nueva justicia ejecutada por hombres extraños en tan gran ciudad y reino y en presencia de su rey. Antes y después de este castigo, porque los castellanos estuviesen siempre a punto, mandó Cortés, por público bando, que ninguno durmiese desnudo y que los caballos estuviesen toda la noche ensillados, con los frenos a los arcones, porque se sospechaba de alguna alteración, dando sobre los castellanos cuando durmiesen, y la vigilancia con que Cortés estaba se entendió que deshizo este propósito y al primer soldado que se halló, que había dormido desnudo, mandó afrentar, teniéndole con prisiones dos días al sereno, al aire y al sol, con un pie de amigo, sin que bastasen intercesiones de nadie, diciendo que en tales ocasiones era necesario el rigor.

Hecha la confesión que se ha dicho, entre tanto que llevaban a quemar a Quauhpopoca, Fernando Cortés, acompañado de los principales de su ejército, fue a Motecuhzuma a quien dijo: ya sabes que me has negado no

haber mandado a Quauhpopoca que matase a mis compañeros, no lo has hecho, como tan gran señor que eres y habiendo tú sido causa que los míos hayan muerto y Quauhpopoca también con su hijo y tantos de los suyos, si yo no tuviera consideración al amor que has mostrado a mi rey y a mí en su nombre, que de su parte he venido a visitarte, merecías pagar con la vida, porque la ley divina y humana quiere que el homicida, como tú eres, muera. Pero porque no quedes sin algún castigo y tú y los tuyos sepáis cuanto vale el tratar verdad, te mandaré echar prisiones. Mucha alteración recibió Motecuhzuma con esta reprehensión y de turbado no acertaba a hablar, dijo que no tenía culpa y que hiciese de él lo que quisiese. Salióse Cortés de delante de él, mostrando mucha indignación; echáronle luego unos grillos. Entendióse que había usado Fernando Cortés de esta astucia por divertirle del sentimiento que justamente podía recibir del castigo que delante de sus ojos se hacía en Quauhpopoca. Fue increíble la tristeza que cayó en Motecuhzuma cuando se vio con grillos, porfiaba que no tenía culpa, mostrando grandísima tristeza de verse en tal estado. Espantáronse los señores y deudos suyos de tan gran novedad y estando todos como atónitos lloraban. Hincáronse de rodillas, teniendo con sus manos los grillos y metiendo por los anillos mantas delgadas para que no le tocasen a la carne. No sabían qué se hacer, porque si se ponían en armas temían sería cierta la muerte de su señor. Y con aquel nuevo caso, espantados y atribulados, concibieron mayor temor. Hecha la justicia en Quauhpopoca, pareciendo a Cortés que había conseguido lo que deseaba, fue hacia la tarde a Motecuhzuma y saludándole con buena gracia mandó que le quitasen los grillos, diciéndole que aunque por la confesión de los muertos era digno de mayor pena; pero el amor que le tenía y porque de tan gran príncipe no podía creer cosa tan mal hecha, le mandaba quitar los grillos. Alegróse Motecuhzuma con estas palabras tanto cuanto se había entristecido, viéndose reprehender y poner en prisión. Abrazó muchas veces a Cortés, diole muchas gracias, hizo grandes mercedes aquel día, así a muchos de los castellanos como de los suyos. Afirmó siempre que no había sido en la muerte de los castellanos. Cortés mostró que lo creía, haciéndole muchos regalos, suplicándole e importunándole que con toda libertad se fuese a su palacio, como antes estaba, porque no deseaba sino hacerle todo servicio y darle todo contento. Motecuhzuma, que sabía el rencor de sus vasallos, por no darles ánimo para hacer algún movimiento, dijo que se lo agradecía, pero que por entonces no convenía irse de allí y que estaba más contento en su compañía que en su antiguo palacio. Con esto se despidió de él Cortés para irse a su aposento; acompañáronle muchos señores mexicanos, tan contentos que si no fuera por las persuasiones de los sacerdotes, siempre hubiera mucha conformidad y quietud.

Antes que se ejecutase la sentencia de Quauhpopoca, como Cortés andaba tan vigilante, supo que en una de las casas reales, dicha tlacochcalco, había gran cantidad de rodelas, saetas, arcos, espadas y lanzas, y concibiendo sospecha que se había hecho aquella munición contra él lo dijo a Mote-

cuhzuma, el cual respondió que siempre acostumbró a estar apercibido de mucha cantidad de armas para la guerra, por los muchos enemigos que tenía y que esta prevención le había librado de un gran peligro, en que particularmente le habían puesto, entre otros, los de Tlaxcalla y Mechhuacan y que para ninguna otra cosa las tenía de respeto en aquella casa donde las había visto; y con todo eso, pareciendo a Fernando Cortés que era más seguro consejo quitar las armas al enemigo, pues la ocasión presente era para ello muy aparejada, mandó que todas sirviesen de leña, para quemar a Quauhpopoca y a los otros y éstas son las armas referidas del fuego de Quauhpopoca y de los suyos.

En este tiempo se le ofrecieron muchos señores de paz a Fernando Cortés, en especial de los de tierra caliente, adonde había enviado capitanes y otras personas que buscasen minas de oro y plata y le vinieron con razón de uno y de otro; y aunque todo esto venía a noticia a Motecuhzuma, sentíalo, pero no podía remediarlo por estar preso. Pero pareciale que presto podría tomar venganza de los unos y de los otros, matando a los españoles, que así le tenían puesto en prisión y luego a los que se les mostraban parciales y amigos.

CAPÍTULO LVI. *De cómo prendieron a Cacama, rey de Tetzcuco, por traición y lo trajeron a Mexico, donde su tío Motecuhzuma no quiso verle y lo entregó a Cortés y le dio garrote y fue puesto en su lugar otro hermano suyo, llamado Cuicuitzcatl*

RA GRANDE EL ODIO que Cacama tenía a los castellanos y habiéndose ido a Tetzcuco (como dejamos dicho) habló a los más principales caballeros del reino y díjoles el amor que los tenía y que mirasen la sujeción en que aquellos pocos extranjeros los tenían puestos, atreviéndose a prender a su tío Motecuhzuma, a quien después de los dioses se debía mayor reverencia; y que no se había de sufrir que tan pocos y de ajena religión los echasen de sus casas vergonzosamente y lo que peor era, con afrenta y menosprecio de sus dioses, poner en el templo los suyos y que ya era tiempo de volver por la religión, por su libertad, por su honra, por su patria y ley, sin aguardar a que les acudiese ayuda de su tierra, de Tlaxcalla y de otras partes, y que por tanto aparejasen sus armas y su gente, porque estaba determinado de dar en aquellos advenedizos y que si otra cosa les parecía se lo advirtiesen, que tomaría su consejo. Todos alabaron su determinación y dijeron que para más que aquello era poderoso y le ofrecieron sus personas, pero algunos viejos no le queriendo lisonjear le dijeron que mirase lo que intentaba, que Cortés era valiente y había vencido grandes batallas y que les parecía que el amistad de Motecuhzuma con Cortés era grande, porque si quisiera haberle echado de Mexico, aparejo